

Un mundo de hombres sin dioses

Sebastián Camilo Benavides Cadena

Estudiante de Mercadeo

Tercer puesto

En un tiempo no muy lejano, existía un lugar resguardado por las montañas, rodeado de los paisajes más hermosos que podamos imaginar. Su tierra, rica en nutrientes, proveía las más grandes, sabrosas y deliciosas frutas y verduras; su textura provocadora, sus colores llenos de vida, y al comerlas, se experimentaba una jactancia de felicidad en cada mordisco. Sus lagos, ríos y cascadas eran tan prístinos que, a su paso, llenaban de vida lo que rozaban, como la sangre que oxigena nuestros órganos. Tal cual era el agua que purificaba cada piso, cada flor, cada árbol y a cada ser vivo que gozaba de esta fuente de vida. Pero, así como el agua hidrata el ecosistema, también existían los imponentes árboles que, con su magnificencia, protegían a todos a su alrededor. Gracias a ellos, el mundo podía respirar, y sin poner excusas, y estando agradecidos por tener un significado en su existencia, realizaban con el mayor amor su deber. De tal importancia era el trabajo de los árboles que todos los seres vivos los cuidaban y servían en agradecimiento por su labor.

En el cielo se pintaban los más bellos paisajes, con sus ornamentos, que estaban compuestos por figuras hechas de nubes suaves como el algodón y majestuosas como una bella flor, que, sin austeridad, los rayos del sol hacían el perfecto maridaje para brindar unos inolvidables atardeceres. Y cuando el sol se escondía, llegaba la noche, que venía acompañada de la hermosa luna, que era como una doncella glamurosa, delicada y con un espíritu inexpugnable, que iluminaba todos los senderos, cuidando a cada habitante del mundo. Y en el umbral de un volcán enorme y poderoso, yacía un lugar donde existían seres extraordinarios, con cualidades increíbles que les permitía resolver cualquier problema que se les presentaba; estos seres tenían un aspecto muy parecido a los humanos, aunque sus tegumentos eran de diferentes colores, tamaños y olores. Había seres pequeños, aunque con espíritus enormes, inteligentes,

alegres y entusiastas; perfectos para realizar actividades donde se requería su agilidad, su rapidez y su pequeño tamaño. También existían seres enormes, fuertes, imponentes que eran prospectos perfectos para los trabajos duros que requerían, como cargar o mover objetos pesados; tenían las extremidades largas y podían alcanzar los frutos de los árboles más altos; eran lentos pero cuidadosos en cada paso que daban, siempre atentos de su entorno, y al igual que su tamaño, también era enorme su resistencia y podían caminar largas horas sin desfallecer ni quejarse. Su personalidad era noble, a pesar de su aspecto adusto, eran tiernos y amorosos, amaban sin igual y no les importaba dar su vida por amor. A pesar de su gran tamaño, eran cuidadosos de no hacer daño a ningún ser vivo, eran seres formidables.

Por último, estaban los Poyalisos, que eran seres ni muy altos ni muy pequeños, ni muy alegres ni muy tristes, con un color de piel mortecino, garras afiladas y pelo alborotado. Eran renuentes y díscolos, un poco majaderos y pedantes. Su comportamiento era vituperable porque ni aportaban ni restaban, y solo se guiaban por la codicia. Querían poseerlo todo; nunca les era suficiente, y, como buenos devotos de Maquiavelo, se regían por su frase célebre: “El fin justifica los medios”. Su personalidad era astuta, perspicaz y tenían sagacidad al actuar. Un lugar encantador sin duda, donde reinaba la simpatía, la amistad y el compañerismo, aunque siempre no fue así, hubo un tiempo donde se apoderó el egoísmo, la dualidad y se perdió la felicidad, por causa de malos entendidos y todo comenzó por un pequeño que solo buscaba ser aceptado.

Nuestra historia comienza una mañana en la que despertó Fili, un joven Poyaliso, alegre y enérgico que siempre ansiaba divertirse. Salió al mundo con deseos de encontrar amigos para jugar y se topó con Sami, otro Poyaliso, bastante gruñón. Fili fue a saludarlo, y Sami, con actitud soberbia, le respondió con un frío “Hola”. Fili, lleno de alegría, se desplegó para invitarlo a caminar o jugar juntos por los llanos. Sami solo se negaba con actitud indolente, pero Fili seguía insistiendo en que salieran juntos para divertirse. A lo cual, Sami le dijo, con fuertes palabras, que lo dejara en paz y se marchara porque no quería salir. Fili se marchó triste porque no pudo convencer a su amigo. Se dirigió al centro del pueblo y observó a los lugareños alegres trabajando en sus labores, sonrientes y felices. Se acercó a ellos para preguntarles si querían jugar, y algunos le respondieron que no era tiempo de juegos, que debían cumplir con su trabajo; otros simplemente se negaban. Fili les preguntó por qué no se divertían y salían a jugar, en vez de estar encerrados en su trabajo, a lo cual un samaritano le respondió que “el deber va por encima de cualquier diversión”. Además, ellos amaban su trabajo y no querían perder el tiempo.

Fili, con mirada desorientada y amargada, se marchó preguntándose por qué todos lo rechazaban. ¿Por qué nadie quería jugar? De repente, se le ocurrió una idea para divertirse. Salió en busca de otros poyalisos para contarles el plan que había pensado. Después se dirigió a la plaza principal, se irguió en el centro y, con un fuerte grito, exclamó: “¡Atención! Me encontré con un viajero

angustiado que me dijo que se acerca una tempestad que, según se comenta, solo deja ruinas y enfermedades a su paso. ¡Tengan mucho cuidado, gente, porque es un viento peligroso!” De repente, llamó la atención de todos los lugareños, y se fueron acercando poco a poco para escuchar qué era lo que se decía. Con mirada incrédula, no podían creer lo que escuchaban y pidieron pruebas. Fili, con su pericia, ya había pensado en ello y dijo: “Vayan y vean a los animales, que son los más vulnerables y los primeros en verse afectados”. Sabía que les había pedido a sus secuaces que fueran a cada granja pintando de colores rancios a todos los animales que encontraran para infundir más credibilidad y miedo a los habitantes. Los hacían parecer deformes e infectados por una maleza desagradable, con un olor fétido. Al cabo de unas horas, los lugareños regresaron a la plaza, angustiados por sus animales, asustados por la incertidumbre de aquella tempestad que se les avecinaba.

Fili, al ver que su plan había salido tal como lo había pensado, sintió una alegría macabra. Con una vil actuación, dijo: “No se preocupen, queridos compañeros, que el viajero me comentó que hay una forma en que se puede prevenir”. Sacó de su casaca un artefacto bastante extraño y, mostrándolo ante todos, dijo: “Mirad, esto se llama tapa hoyuelos, que sirve para protegerse del aire infectado y preservar su salud. Quisiera regalárselos a todos ustedes, pero no hay suficientes”. Enseguida, los lugareños entraron en pánico y se acercaron apresurados a Fili, preguntando qué podían hacer. Fili, lleno de astucia, les dijo: “Gigantes y liliputienses, en este momento solo cuento con diez tapa hoyuelos, pero puedo conseguir más. Solo es cuestión de un poco de tiempo y de su colaboración, porque necesito que todos aporten un gramo de riqueza de su parte para poder fabricar más tapa hoyuelos. Y debemos darnos prisa, antes de que llegue el maleficio”. Los ciudadanos empezaron a verse unos a otros y, sin mayor queja, acataron las órdenes que les había dado Fili. Todos corrieron hasta sus negocios y sacaron, como se les había dicho, un gramo de su riqueza para entregárselas a Fili. Después, Fili se marchó muy sonriente porque todo había salido como lo planeado.

Pasaron los días y en la ciudad empezaron a armarse rumores sobre aquella tempestad que se avecinaba. Por algunas calles se decía que hacía brotar los ojos apenas se inhalara; en otras decían que podía asfixiarte. En fin, entre otros rumores, solo aumentaba el terror entre los habitantes. Pasaban los días y empezaron a cerrar los negocios. Los habitantes ya no querían salir de sus hogares, los alimentos comenzaron a escasear, y se respiraban, por el pueblo, aires solitarios y medrosos. Después de algunos días, Fili volvió a la ciudad y se encontró con un pueblo fantasma. No se avizoraba ni un pequeño corriendo por las calles, ni se escuchaba ningún murmullo de los tumultos. Enseguida, Fili se apresuró a ir al centro de la ciudad a llamar a los lugareños para comunicarles que ya había traído más tapa hoyuelos, los suficientes para que los comerciantes pudieran abrir sus negocios sin someterse a ningún peligro, temiendo que, si

seguían así, no quedaría ningún lugar donde pudieran comprar su comida y que la fortuna recaudada no le serviría de nada. Pero de pronto, mientras seguía parlotando más y más sofismas.

Entre la multitud se encontraban tres músicos que llevaban ya varios meses viajando, conociendo nuevos lugares, nuevas personas y compartiendo su música con todos. Al escuchar la gran mentira que emitía el pequeño, lo callaron con un grito coreado de “¡mentiroso!”. Corrieron hasta el centro de la plaza, moviéndose entre la gente, y al llegar allí, explicaron a todos que ellos eran recién llegados a la ciudad, que por cierto era muy hermosa, aunque vacía. Además, ya sabían el motivo, pues habían escuchado la gran mentira. No es cierto que haya una tempestad peligrosa, todo está normal, las demás ciudades viven tranquilas y en armonía, sin ningún temor. Es una gran mentira la que les dijo este pequeño, señalaron a Fili, quien, al ser señalado, quien cambió su expresión drásticamente, como si se hubiera convertido en una estatua petrificada. Quedó sin palabras.

Enseguida, los lugareños, enfurecidos por la mentira, se acercaron a Fili y se dispusieron a atraparlo para que no escapara. Cuando lo capturaron, lo llevaron a juicio ante todos los habitantes, donde se le impuso un castigo: debía mantener limpio todo el pueblo, devolver la normalidad a los animales y prestar servicio a toda la comunidad. Con el paso de los días, la ciudad volvió a la normalidad. Las sonrisas regresaron a todos los seres vivos, el miedo desapareció, los niños volvieron a las calles a jugar, los negocios reabrieron con más energía que nunca y la escasez y las ruinas que había dejado aquel episodio comenzaron a quedar atrás. La ciudad nunca había estado tan limpia y viva en mucho tiempo.

En agradecimiento por su sinceridad, los músicos fueron tratados como reyes. Les ofrecieron sus mejores manjares, los postres más ricos y les regalaron unos zapatos nuevos, hechos por el mejor zapatero de la ciudad. Incluso Fili nunca se había sentido tan feliz por ser útil. Descubrió que era bueno limpiando y cumplió su castigo con alegría. Después de un tiempo, Fili, arrepentido, se disculpó con todos en la ciudad por haberles mentado. Los ciudadanos, contentos por su buen desempeño en la limpieza, lo perdonaron, y la paz y la armonía volvieron a ese hermoso lugar.